

Los avatares de la catedral de Tarragona entre 1808 y 1813

Sofia Mata de la Cruz
Universitat Rovira i Virgili
sofia.mata@urv.cat

RESUMEN

El siguiente trabajo ofrece una aproximación a los acontecimientos acaecidos en la catedral de Tarragona durante los prolegómenos, el sitio, el asalto, el saqueo y la ocupación de la ciudad por las tropas napoleónicas (1808-1813). La catedral quedó como único lugar de culto, pero además se usó como torre de vigilancia, hospital de sangre y refugio contra los bombardeos. Todo ello causó desperfectos en algunas capillas del templo. Sus responsables, no obstante, pudieron salvar gran parte de la plata litúrgica y la colección de tapices, que enviaron a la isla de Mallorca. En el transcurso del asalto y el saqueo en el interior de la catedral y sus alrededores, se vivieron algunas de las escenas más crueles y sangrientas de la historia de Tarragona, cuando las tropas invasoras atacaron a los civiles indefensos.

Palabras clave:
Tarragona; catedral; Guerra de la Independencia

ABSTRACT

The Vicissitudes of the Cathedral of Tarragona between 1808 and 1813

The following article explores the events that took place in the Tarragona Cathedral during the prolegomena, siege, assault, sacking and occupation of the city by Napoleonic troops (1808-1813). The cathedral became the only place of worship in the city and was also used as a watchtower, field hospital and refuge from the bombardment. As a result, some of the chapels were damaged. However, the church leaders were able to save most of the liturgical silver and tapestry collection by sending it to the island of Mallorca. Some of the bloodiest and most ruthless events in the history of Tarragona took place during the assault and sacking of the cathedral and its surroundings when the invading troops attacked the defenceless civilians.

Keywords:
Tarragona; cathedral; Peninsular War

Tiempos de tribulación, amargura y dolor». Así se iniciaba la carta pastoral suscrita el 15 de marzo de 1813 por el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona, Lleida, Tortosa, la Seu d'Urgell, Cartagena, Pamplona y Teruel, los cuales, exiliados en Mallorca, la dirigían a sus respectivas diócesis, dominadas aún por el ejército napoleónico¹. La contundente frase expresa el sentimiento de los prelados ante los dramáticos sucesos de la guerra en general, pero puede aplicarse perfectamente a lo ocurrido en la ciudad de Tarragona, cuyos habitantes hubieron de sufrir en la Guerra del Francés unos episodios tan trágicos y dolorosos como los de otras ciudades, pero menos difundidos. No obstante, existe mucha literatura en torno al tema, en especial en referencia al asedio y al asalto a la ciudad. La mayor parte de los trabajos, tanto los contemporáneos a los hechos, llenos de pasión pero también de errores, como los posteriores, que, al estar realizados con una metodología más rigurosa, aportan en general datos más fiables, ofrecen un relato escalofriante de los aciagos tiempos que hubo de padecer la población de Tarragona en la guerra, especialmente entre 1811 y 1813. Si bien el alud de publicaciones realizadas entre 2010 y 2011 con motivo de la conmemoración del bicentenario aporta datos muy fiables basados en la exhumación de diversos archivos, situando, por ejemplo, en torno a valores más razonables las exageradas cifras de víctimas que aportaban los trabajos más antiguos, aún falta mucho camino por recorrer para conocer aquellos sucesos de modo más completo².

El discernimiento de los efectos de la Guerra del Francés en la catedral de Tarragona también ha sido difundido de forma parcial y muchas veces errónea, mezclando y confundiendo los

datos. El estudio detallado de las obras de arte conservadas, de las fuentes documentales y de la bibliografía revela que ciertos extremos no se corresponden con lo que siempre se había afirmado. En la trama de los acontecimientos que a continuación se detallan desempeñó un papel de primer orden el alto estamento eclesiástico de la ciudad de Tarragona, en especial el cabildo catedralicio, y también el arzobispo Romualdo Mon y Velarde, personaje éste que, al contrario de lo que se ha venido diciendo de él en relación con una hipotética actitud de desafecto, puede afirmarse que contribuyó de manera decisiva al salvamento de gran parte del tesoro y de la colección de tapices de la catedral de Tarragona. El cabildo, en especial nueve de los canónigos, con su habilidad y determinación, consiguió defender y salvar, en primer lugar, a muchas personas, habitantes de Tarragona o forasteros, protegidos por los muros de la catedral, así como enfermos y heridos acogidos en el hospital de sangre en que se convirtieron sus naves y capillas. También defendieron y salvaron gran parte del patrimonio artístico del templo, sacrificando sólo aquello que consideraron imprescindible para contentar la codicia de unos y de otros, es decir, del gobierno y del enemigo, que si en algo coincidieron fue en presionarlos fuertemente en el aspecto económico. El sacrificio llegó hasta la muerte violenta de dos capitulares, dos comensales, tres beneficiados y otros dos presbíteros, asesinados el mismo día del asalto. La catedral de Tarragona es protagonista destacada en la Guerra del Francés, ya que fue punto de vigía, hospital, refugio contra las bombas, escenario de batalla y espacio de uno de los episodios más crueles acaecidos en la ciudad.

Los acontecimientos históricos, políticos y bélicos sirven de telón de fondo de cuanto

aconteció en la catedral y a los protagonistas y, por lo tanto, no se hará una relación exhaustiva de los mismos, que se encuentran pormenorizados en la bibliografía especializada, sino sólo como marco referencial del discurso. Antes de la guerra, la ciudad de Tarragona era una tranquila población de unos 10.000 habitantes en la que acababan de empedrarse las calles principales y en donde se había fundado la Escuela de Dibujo y Náutica³. Algunos planos contemporáneos, como el realizado por Alexandre de Laborde en 1806⁴, muestran que estaba dividida en dos núcleos de población, el de la parte alta y el del nuevo barrio de la Marina, éste apenas acabado de proyectar en 1806, separados por tierras de labor y huertos atravesados por diversos caminos. La parte alta tenía, como en la actualidad, un perfil poligonal, y estaba rodeada por la bien conservada muralla romana y por una serie de fortificaciones y baluartes, unos medievales y otros de los siglos XVI al XVIII. En la parte más prominente, como en la actualidad, la catedral dominaba la población, con su cimborrio y su campanario visibles desde la comarca circundante, y el gran rosetón de su fachada que servía de referencia a marinos y pescadores.

El alto estamento eclesiástico de Tarragona detentaba en la época un papel muy destacado, como demuestra su intensa participación en las instituciones políticas y en los hechos acontecidos antes, durante y después de la guerra. Estaba presidido por el arzobispo Romualdo Mon y Velarde, que había sido nombrado en 1804. Nacido en la población asturiana de San Martín de Oscos el 4 de marzo de 1749, pertenecía a una familia noble muy bien relacionada con el rey Carlos IV. Un tío suyo había sido obispo de Ávila, en el seminario de cuya ciudad Romualdo Mon había recibido la formación eclesial. Su hermano Antonio era decano del Consejo de Castilla cuando Mon y Velarde fue nombrado arzobispo de Tarragona, un factor que tuvo sin duda un peso específico en los acontecimientos posteriores. El arzobispo de Tarragona percibía una renta anual de 580.000 reales⁵.

El cabildo de la catedral de Tarragona estaba formado por once dignidades (prior, decano, archidiácono mayor, tesorero, hospitalero, enfermero, archidiácono de Vila-seca, penitenciario, magistral, lectoral y doctoral). Había, además, catorce canónigos simples. Percibían, total o parcialmente, el diezmo y la primicia de muchos pueblos de la diócesis, en especial de poblaciones de la comarca natural del Camp de Tarragona. Las dignidades disfrutaban de rentas propias. Los canónigos, en conjunto, tenían una renta anual de 30.000 reales. En cuanto al clero menor de la catedral, estaba formado por los veinticuatro comensales y los cuarenta benefi-

ciados, agrupados en la cofradía de Presbíteros. Los comensales tenían en conjunto una renta anual de 3.000 reales, mientras que la de los beneficiados era de 2.000 reales⁶. En el clero relacionado con la catedral existían dos facciones políticas, de manera paralela a lo que sucedía en la sociedad del momento. Por un lado, los ilustrados, entre los cuales había personajes tan destacados como el canónigo asturiano Carlos Benito González de Posada (1745-1831), amigo de Jovellanos, miembro de la Real Academia de la Historia y autor de diversas obras sobre la historia de la catedral, inéditas y desgraciadamente extraviadas⁷, o el canónigo José Ibáñez Falomir⁸. Por otro, los tradicionalistas, opuestos a los cambios.

El 31 de mayo de 1808, habiendo sabido que Carlos IV, en Bayona, había cedido el poder a Napoleón, el ayuntamiento de Tarragona, las autoridades locales y los representantes de los gremios declararon su fidelidad a Fernando VII. Pocos días después, el 7 y el 8 de junio, el ejército del general francés Chabran ocupó Tarragona durante dos días antes de marchar a Girona, sin que se produjeran consecuencias para la ciudad, a diferencia de los saqueos y las matanzas perpetrados por el mismo en los días siguientes en Torredembarra y l'Arboç. El 12 de junio se constituyó la Junta Suprema Corregimental de Tarragona. Presidida conjuntamente por el arzobispo Mon y Velarde y por el general Juan Smith, estaba formada por treinta representantes de la ciudadanía, del ejército y del clero. Entre ellos, diputados, dirigentes de los gremios, miembros de la milicia y representantes de diez de las poblaciones del corregimiento. Por parte del cabildo, formaban parte el canónigo José Zaragozano y el hospitalero Guillem de Rocabrúna. La cofradía de Presbíteros estaba representada por el beneficiado Lluís Bonet. También había representación del clero regular⁹. La Junta se encargó de preparar la defensa de la ciudad.

Ocupada Barcelona por los franceses, el día 6 de agosto la Junta Superior del Principado se trasladó desde Lleida y se instaló en Tarragona, que temporalmente se convirtió en la principal ciudad de Cataluña. Asimismo, se instalaron en la ciudad otras instituciones civiles, como Hacienda, Gobernación, la Real Audiencia, etc. La demanda de contribuciones para los gastos de la guerra era intensa. Al igual que muchos otros ciudadanos, especialmente la nobleza local y los ricos comerciantes, el alto estamento eclesial hubo de contribuir con fuertes cantidades. El arzobispo aportó 2.000 libras, aunque pronto se manifestó como uno de los más refractarios a colaborar. El cabildo, por su parte, contribuyó también con 2.000 libras, mientras que la cofra-

día de Presbíteros lo hizo con 100 duros¹⁰. En total, hasta la caída de la ciudad, los eclesiásticos contribuyeron a los gastos de la guerra con 19.244 libras¹¹.

Entre fines de 1808 e inicios de 1809, la población de Tarragona experimentó un aumento considerable, a causa de la concentración de tropas, de refugiados procedentes de Barcelona y de otras poblaciones que huían del enemigo, tras las derrotas de Llinars y Molins de Rei. Las fuentes divergen, pero se calcula que el total de personas reunidas en Tarragona llegó a alcanzar las 60.000¹². Como consecuencia del amontonamiento de tropas y refugiados, de la falta de higiene y de salubridad, de la contaminación del agua y de la escasez de alimentos, se declaró una terrible epidemia de tifus que afectó a más de 6.000 personas y causó la muerte de unos 2.000 civiles¹³. La Junta Superior del Principado, huyendo de la epidemia, se instaló en el monasterio de Poblet en el mes de abril¹⁴. Eran tantos los fallecidos que el antiguo cementerio situado junto a la catedral, ante la capilla de Santa Tecla la Vella, se reveló insuficiente, de manera que se estableció un nuevo cementerio fuera de las murallas, en el camino de la montaña de La Oliva. La imagen de la Virgen del Claustro se trasladó el día 8 de abril al altar mayor y el 16 se celebró una procesión con el brazo de santa Tecla para implorar el cese de la epidemia¹⁵. Entre los fallecidos se encontraban el canónigo Bonaventura Canals y el doctoral Pau Domingo i Arnau¹⁶.

Mientras tanto, los enfrentamientos entre ambos ejércitos continuaban en el Camp de Tarragona. Los militares heridos iban en aumento. Diversos conventos, así como el hospital de Santa Tecla y el seminario tridentino situado junto al mismo, se convirtieron en hospitales militares¹⁷. Pero no fueron suficientes para alojar a las tropas heridas que llegaban de otras poblaciones para refugiarse en Tarragona. Así que muchos de ellos fueron llevados a la catedral, en donde las capillas situadas junto a las puertas de la fachada principal se habilitaron como un improvisado hospital. La capilla de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes había sido fundada por el arzobispo Arnau Sescomes (1335-1346). El conjunto muestra aún su delicada arquitectura gótica, con unas notables claves de bóveda. A inicios del siglo XIX conservaba un retablo de piedra calcárea policromada, pinturas murales con representación de bustos de vírgenes, que alternaban con una decena de imágenes de piedra policromada situadas sobre ménsulas, que representaban asimismo vírgenes, y tres ventanales con vidrieras de la misma época. Su situación, junto a la puerta lateral derecha de la fachada, determinó su destino. Destinada a ser usada como cocina del hospital, el retablo fue desmontado cautelarmente.

Sus elementos se amontonaron en el ábside o en la sacristía, posiblemente esperando a ser nuevamente montados al finalizar la guerra. Los fuegos encendidos para la cocina afectaron directamente a los muros y a las pinturas que en ellos había, que se verían manchados por el hollín, la grasa y la suciedad.

Como alojamiento de los heridos, se usaron las capillas de la nave de la epístola inmediatas a la puerta lateral izquierda, las llamadas «capillas de los Cardona», dos construcciones gemelas realizadas a inicios del siglo XVI, en estilo gótico flamígero, a instancias del arzobispo Pere Folc de Cardona. Estaban presididas por sendos retablos pintados sobre tabla y realizados hacia 1535 por el pintor Francesc Olives, uno dedicado a santa María Magdalena y otro a la Anunciación, advocaciones respectivas de las capillas¹⁸. También en este caso se desmontaron cautelarmente los retablos. A pesar de que la historiografía tradicional ha asegurado que los retablos de la capilla de Santa Úrsula y de las capillas de los Cardona habrían sido destruidos por las tropas francesas¹⁹, las evidencias demuestran que su afectación procede del desmontaje cautelar en 1809 y de su reutilización posterior. Porque, en ambos casos, sólo se vieron afectados los retablos, no otros elementos importantes como el sepulcro del cardenal Cervantes, en el caso de la capilla de Santa Úrsula, o el sepulcro de los Cardona atribuido a Damià Forment, en las capillas homónimas. Si bien es cierto que, en el caso de la capilla de Santa Úrsula, se produjeron daños considerables, éstos se causaron en 1813, cuando se retiraron las tropas francesas.

A lo largo del año 1809, la Junta Superior continuó presionando para la contribución a los gastos. El 4 de enero se había promulgado una orden en la cual se establecía que se había de recoger la mitad de la plata de los particulares y toda aquella que no se usase habitualmente en las iglesias, con la finalidad de acuñar moneda. Los monasterios de Poblet, Santes Creus y Vallbona, así como diversas iglesias parroquiales, contribuyeron con parte de su plata, pero la catedral no aportó nada, un indicio de la actitud de oposición del cabildo a medidas como éstas. La ceca, establecida en Tarragona entre febrero y finales de mayo de 1809, realizó emisiones de onzas de oro, de duros y medios duros de plata y de monedas de 6, 3 y medio cuarto de cobre²⁰. La Junta continuaba exigiendo fuertes contribuciones económicas al arzobispo y al cabildo, destinadas a reforzar las fortificaciones de la ciudad y a la adquisición de alimentos. El arzobispo contribuyó con 620 reales y el cabildo con 200, mientras que la cofradía de Presbíteros lo hizo con 480 reales²¹. La situación privilegiada de la catedral explica el uso como torre de vigía

del campanario, desde donde se observaban los movimientos del enemigo por el Camp de Tarragona²². Ello no era óbice para que las celebraciones religiosas continuaran, como el *Te Deum* del día 30 de mayo, festividad de san Fernando, el Corpus o la fiesta de santa Tecla²³.

Ya bien iniciado el año 1810, se produce la marcha del arzobispo Mon y Velarde a Mallorca y el traslado cautelar a la isla de las denominadas «alages», un término muy usado en la documentación de la época, adaptación del castellano «alhajas», que se refiere al tesoro de la catedral. El arzobispo solicitó a la Junta Central permiso para trasladarse a Mallorca, y lo obtuvo gracias a la intervención de su hermano Antonio. También se trasladaron a Mallorca los obispos de Barcelona, Lleida, La Seu d'Urgell y Tortosa, así como los de Menorca, Pamplona, Teruel y Cartagena, entre otros. En total, a Mallorca se trasladaron unos 12.000 refugiados peninsulares, entre los cuales había unos 3.000 eclesiásticos²⁴. Antes de marchar de Tarragona, Romualdo Mon y Velarde nombró vicario general al canónigo José Zaragozano. El arzobispo quizás se trasladó en alguno de los *xebecs* que mantenían una línea más o menos regular entre Tarragona, Palma de Mallorca y Alcúdia, como consta en el *Diario de Tarragona*, fundado en 1808. La llegada del arzobispo de Tarragona a Mallorca está documentada el 31 de mayo de 1810, y se sabe que se instaló en Binissalem, una población de la comarca del Raiguer conocida por la cantidad de grandes casonas que contiene²⁵. No se tiene evidencia documental de cuál de las casonas serviría de refugio al arzobispo. Una de ellas, la finca denominada Bellveure, era por entonces propiedad del marqués de la Bastida, título otorgado a Antonio Montís y Álvarez por el rey Carlos IV²⁶. Aquí conviene recordar la vinculación de la familia del arzobispo con el rey, y el hecho de que perteneciera a la nobleza. Si bien es preciso asimismo constatar que el hijo del marqués, Guillermo Ignacio Montís y Pont i Vic, un afrancesado destacado por sus ideas liberales, que formaba parte de la Junta del Reino de Mallorca, no parece haber sido el anfitrión más adecuado para el arzobispo Mon y Velarde, de ideas contrarias.

La instalación de éste en un lugar alejado de Palma se ha de entender en el contexto de la retirada cautelar hacia Mallorca de gran parte del tesoro y de la colección de tapices de la catedral de Tarragona. Ante dos peligros evidentes, la previsión de un asedio y un ataque final a la ciudad de Tarragona, como había sucedido en Girona, así como la continua demanda de la Junta sobre la plata litúrgica, parece que puede establecerse una hipótesis plausible referente a la organización de una estrategia entre el cabil-

do y el arzobispo, consistente en la retirada a Mallorca de dichos objetos para alejarlos, tanto de las demandas de la Junta como de la segura rapacidad de los franceses. Se aprovechó el exilio del arzobispo a Mallorca, el cual escondió el tesoro en Binissalem, por tratarse de un lugar aislado —si se confirmara que fue Bellveure, quedaría explicado por la protección del marqués de la Bastida—, en donde, a su vez, estaría escondido de la Junta de Mallorca. Pocos años después, en el Trienio Constitucional, se volvería a hacer el mismo traslado cautelar del tesoro y de los tapices a Mallorca²⁷.

Una vez a salvo los objetos, la estrategia del cabildo ante la Junta y ante los ciudadanos de Tarragona consistió en celebrar una reunión extraordinaria a raíz de la cual se hizo llegar al arzobispo, en Mallorca, una queja por su marcha. Se podría explicar posiblemente como una maniobra destinada a disimular el acuerdo previo. El arzobispo, ante los diversos requerimientos de la Junta de Tarragona, negaba siempre que se hubiera llevado el tesoro. Pero más adelante, en 1811, fueron los mismos capitulares quienes, fuertemente presionados por la Junta, acabaron por confesar que, efectivamente, el arzobispo se había llevado gran parte de la plata a Mallorca.

La historiografía siempre ha cuestionado la marcha de Mon y Velarde a Mallorca. Es frecuente encontrar en muchos trabajos, incluso contemporáneos a él, acusaciones de haber huido abandonando a sus fieles, de antipatriotismo, incluso de cobardía. Su marcha se podría interpretar de diversas formas. Hay que tener en cuenta que no se fue él solo, sino que muchos prelados se trasladaron allí, por lo menos varios de Cataluña y del resto de España, aparte de una gran cantidad de clérigos²⁸. Lo cierto es que, a tenor de lo que sucedió más tarde, si el arzobispo hubiera caído en manos de los franceses, le habrían manipulado como a un títere. Los elementos del tesoro de la catedral y la colección de tapices que se llevó a Mallorca, al contrario de lo que algunos autores insinúan, no los tomó para su provecho personal, sino que todo retornó consigo después de la guerra. ¿Qué se llevó el arzobispo Mon y Velarde a Mallorca? El inventario de los objetos ha desaparecido del archivo capitular. Pero sí se conserva una descripción del año 1823, en que se volvieron a llevar a Mallorca el tesoro y los tapices, que puede orientar sobre el contenido. Así, se sabe que, en 1823, se embarcaron nuevamente en veintiocho fardos y quince cajones de madera los tapices, las colgaduras, la ropa litúrgica y la platería litúrgica, constituida ésta por seis bordones, una custodia, una veracruz, la maza del macero, un bastón del silenciero, un incensario, un cáliz con su patena y sus vinajeras, nueve relicarios, un copón,



Figura 1.
Gaspar Arandes. Arca del Monumento de Jueves Santo. 1685. Tesoro de la catedral de Tarragona.



Figura 2.
Veracruz donada por el arzobispo Arnau Sescomes. Siglo XIV. Tesoro de la catedral de Tarragona.

un tabernáculo, una urna y las sacras de plata²⁹. No puede haber demasiada diferencia entre lo trasladado en 1810 y 1823, ya que la catedral no pudo reponer su tesoro tan rápidamente, a excepción del nuevo brazo relicario de santa Tecla, de 1817. El análisis de los elementos del tesoro que se conservan hoy permite deducir cuáles se encontraban entre los que se llevaron a Mallorca en 1810. Entre ellos, el arca o urna del Monumento de Jueves Santo, obra de Gaspar Arandes (1685), de plata con piedras preciosas encastadas (figura 1), la veracruz donada por el arzobispo Arnau Sescomes (1336-1346), de plata con cabujones encastados (figura 2), la cruz relicario del arzobispo Pere de Cardona, de inicios del siglo XVI, de oro y perlas finas, y otros relicarios de plata, como el de san Fructuoso, de finales del siglo XIV (figura 3), el de la Santa Espina, del siglo XIV, el de san Zenón, también del siglo XIV, el de san Juan Bautista, del siglo XV, el de san Próspero, del siglo XVI, el del camarero Guillem Bertran, obra de Lope de Salazar, de finales del siglo XV, una custodia procesional con su tabernáculo, una maza procesional del siglo XVIII, etc³⁰. Además, la colección de cincuenta tapices³¹, propiedad del cabildo de la catedral y formada por el destacado tapiz de las Potestades (Arrás, siglo XV), la serie de José (Bruselas, siglo

XV), la llamada de «Verduras» (Enghien, siglo XVI), la de Tobías (Bruselas, siglo XVI), la de San-són (Bruselas, siglo XVI) (figura 4), la de Ciro el Grande (Bruselas, siglo XVII), la de los Proverbios, a partir de algunos cartones de Jacob Jordans (Bruselas, siglo XVII) y la de las Mujeres Célebres (Bruselas, siglo XVII).

El criterio para la selección de las obras que fueron a Mallorca en 1810 parece muy claro en el caso de los tapices: su valor y condición de únicos y su pertenencia al cabildo. En cuanto a la platería litúrgica, el análisis de las piezas conservadas demuestra que no se basó sólo en su valor monetario, sino en su relación, por un lado, con el sacramento de la Eucaristía, en cuyo caso se entendería la inclusión del arca del Monumento y la custodia con su tabernáculo y, por otro, con las reliquias sagradas: la veracruz y todos los demás relicarios. Es decir, la platería litúrgica, preciosa no sólo por el material con el que estaba realizada, sino por aquello que contenía o estaba destinada a contener.

El criterio usado para los objetos del tesoro que se dejaron en la catedral responde a diversas circunstancias. El brazo relicario de santa Tecla era objeto de una gran veneración por los habitantes de Tarragona desde la edad media³². Quizás los canónigos pecaron de ingenuos en



Figura 3.
Relicario de san Fructuoso. Siglo XIV. Tesoro de la catedral de Tarragona.

el error de cálculo que les llevó a pensar que los franceses lo respetarían, o tal vez decidieron que era imprescindible dejarlo en su capilla de la catedral, que, en un momento dado, se convirtió en el único lugar de culto de la ciudad. También se dejaron los vasos sagrados (cálices, copones, algunas custodias) usados en el culto cotidiano de las capillas de santa Tecla y del Santísimo. Otra parte del tesoro que no se llevó a Mallorca y que posiblemente se reservó, en previsión de una posible utilización como fuente de ingresos, fue toda una serie de objetos de plata que no contenían reliquias y que no estaban destinados a contener la Eucaristía. A tenor de la gran parte de objetos del actual tesoro de la catedral de Tarragona realizados con posterioridad a 1814, serían: lámparas, incensarios, navetas, mazas procesionales, campanillas, candelabros, etc. Parece que el hecho de no llevarse la indumentaria litúrgica podría responder, asimismo, a un error de cálculo, al pensar que los franceses no estarían interesados en este tipo de elementos. En cuanto a los retablos, los sepulcros, los frontales, las pinturas, el órgano mayor, las campanas y demás objetos artísticos de la catedral, no se dispone de noticias sobre acciones concretas destinadas a protegerlos de un posible saqueo, pero lo cierto es que se conservaron.

Diversos canónigos abandonaron la ciudad de Tarragona en 1810. Se sabe que se exiliaron nueve dignidades (tesorero, prior, lectoral, archidiácono mayor, penitencial, doctoral, magistral, hospitalero y decano), así como seis canónigos simples, además de algunos comensales y beneficiados. El lugar de destino fue en gran parte las Baleares: Mallorca, Menorca e Ibiza, isla ésta en donde se refugió Carlos Benito González de Posada, ya que había sido canónigo magistral en la catedral ibicenca³³. En Palma está documentada la presencia de algunos eclesiásticos tarraconenses gracias a que también emigraron algunos notarios de la ciudad. Sería el caso del decano Bartomeu Soler Balsells, del archidiácono mayor Joan María González, de los canónigos Josep Prats y Bonaventura Marès, o de los beneficiados Llorenç Miró y Tomàs Canals³⁴. Algunos de ellos, de tendencia absolutista, se mezclaron en la tensa situación política que se vivía en Mallorca. En los acontecimientos del 30 de abril de 1813, provocados por el decreto de extinción de la Inquisición, hubo agresiones de algunos clérigos absolutistas contra un regidor de Palma de talante liberal, en las cuales parece que intervino el decano Bartomeu Soler³⁵, el cual se apresuró a publicar en 1814, en la ciudad de Palma, un panfleto en su propia defensa³⁶. Otros canónigos se fueron a Sitges, como es el caso de Bernardí Llopis y su sobrino Manuel Llopis, ambos naturales de dicha población. El canónigo lectoral Manuel Plazas se fue a Montserrat, mientras que Pedro-Juan Larroy se refugió en Alicante, su ciudad natal³⁷.

Los canónigos que permanecieron en Tarragona en 1810 para garantizar el culto y para defender sus intereses eran nueve. Se conocen sus nombres. Pere Joan Enric era canónigo desde 1791 y había sido promovido a archidiácono de Vila-seca en 1795. Josep Antoni de Font i Rotalde había nacido en Tarragona en 1728, era canónigo desde 1783 y enfermero desde 1808. En aquel momento, tenía 82 años. Josep Boni Badora, nacido en Tarragona en 1747, era canónigo desde 1794. Tenía 63 años. Manuel Antonio de las Fuentes d'Agostina era canónigo desde 1791. Pere Huyà Rocasalvas, nacido en 1750 en Artés (obispado de Vic), era canónigo desde 1792. Tenía 60 años. Ignasi Ribas Mayor había nacido en 1773 en Barcelona y era canónigo de Tarragona desde 1807. Tenía 37 años y era persona de confianza del canónigo Huyà. Josep Rocamora Llesuas, nacido en 1744 en Organyà, había sido nombrado canónigo en 1810. Tenía 76 años. Domènec Sala Imbert, nacido en 1765 en Barcelona, tenía 45 años. Se conocen los nombres de algunos comensales que se quedaron, como Francesc Foguet Foraster, que lo era desde 1761 y tenía 79 años; Francesc d'Assís Rodríguez, co-

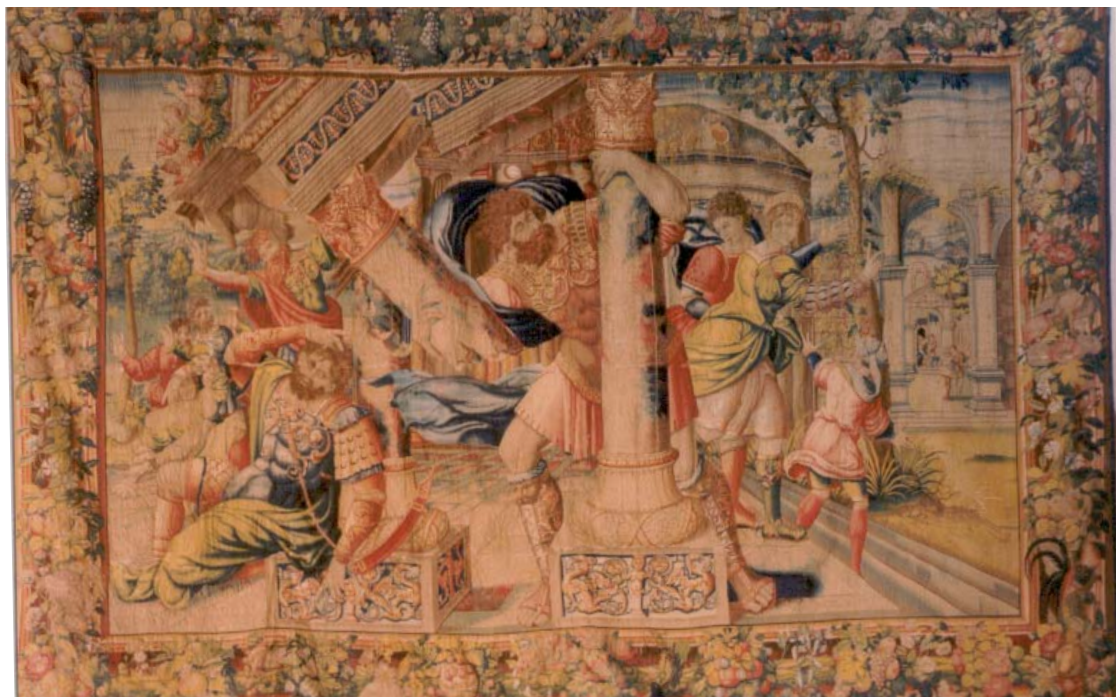


Figura 4.
Tapiz de la Serie de Sansón. Catedral de Tarragona.

mensal desde 1778, y Josep Vall, comensal desde 1791. Los beneficiados que permanecieron en la ciudad eran Pere Anton Mallafré Porta, de 44 años, Josep Ribera, Manuel Bofill, Magí Ferrer Martí, de 37 años, y Bru March. Algunos sacerdotes permanecieron asimismo en el entorno de la catedral, como Joan Veciana o Salvador Marca Llagostera, que había nacido en 1774 en Vallmoll (arzobispado de Tarragona) y que había sido catedrático de Filosofía y Retórica en el seminario de Tarragona. En 1810 era beneficiado de la prioral de Sant Pere de Reus. Tenía 36 años. La mayoría de los que se quedaron eran ancianos, según los parámetros de la época, y unos pocos jóvenes. Uno de los canónigos, el enfermero Josep Antoni de Font i Rotalde, falleció en los primeros meses del año 1811³⁸.

A inicios del mes de enero de 1811, la ciudad de Tortosa cayó en manos de los franceses. A Tarragona llegó una gran cantidad de tropas. En febrero, el marqués de Campo Verde fue nombrado gobernador interino, militar y político de Tarragona. Enseguida ordenó reforzar las defensas de la ciudad, en especial los baluartes de la parte baja. Más tarde, estas defensas se revelaron como poco sólidas, a causa de la rapidez con que fueron levantadas.

El día 15 de enero, la Junta había reclamado todas las joyas de las iglesias innecesarias para el culto divino. Por orden de Campo Verde, a las catedrales sólo se les permitía tener seis cálices, dos copones, una custodia, la urna del monumento, las ánforas de los santos óleos, las ampollas para

la extremaunción y un incensario³⁹. El cabildo, que recibió formalmente la demanda el día 24, formó una comisión de siete capitulares, que resolvió entregar una lámpara de plata que pesaba 670 onzas. La Junta, naturalmente, les dijo que era insuficiente, argumentando que la plata de las iglesias no era de propiedad privada, sino pública. Los canónigos replicaron que los bienes de la Iglesia, en tanto que consagrados a Dios, estaban exentos de la jurisdicción secular⁴⁰. Los enfrentamientos entre la Junta y el cabildo continuaron el día 8 de marzo, en que se produjo una tensa reunión entre ambas partes. La Junta sospechaba que el arzobispo Mon y Velarde se había llevado gran parte del tesoro a Mallorca, al igual que había sucedido con el tesoro del monasterio de Poblet. Se le reclamó varias veces que retornara los objetos, pero Mon y Velarde negaba tenerlos. Le acusaron de mentiroso y presionaron a los canónigos de Tarragona porque se necesitaban desesperadamente víveres y armas. Los canónigos se negaban rotundamente a entregar la platería litúrgica que aún se encontraba en la catedral. Finalmente, bajo una gran presión, los capitulares se vieron obligados a confesar que la mayor parte del tesoro de la catedral se la había llevado consigo el arzobispo a Mallorca. En compensación, se tuvieron que comprometer a redactar una lista con aquellos objetos de plata de la catedral que todavía se guardaban en Tarragona y que finalmente se entregarían a la Junta como contribución a los gastos de la guerra⁴¹. Algunos autores han dado interpretaciones muy diferentes a este

episodio, según las cuales los canónigos habrían entregado la plata litúrgica de la catedral en un «rasgo de abnegación sublime, consumado en aras de los grandes ideales de la Patria»⁴², o la habrían regalado «per a batre moneda amb la qual es pogués subvenir les necessitats de la defensa a partir del gener de 1811»⁴³, interpretaciones que el examen de la documentación conservada demuestra que en absoluto se corresponden a los hechos. Como mínimo, se puede aducir a favor de los capitulares que debían ser muy conscientes de que la Junta en general había malvendido la plata obtenida en Cataluña en menos de un 40% de su valor real⁴⁴.

La lista con los objetos de plata entregados tampoco se conserva en el archivo capitular, pero examinando aquellos que fueron realizados a partir del final de la guerra y la documentación, debían formar parte los siguientes. Las once imágenes de plata, documentadas entre 1314 y 1783, donadas por diversos arzobispos y canónigos: una de san Agustín (1334), otra de san Agustín, obra de Berenguer Palau (1485), una de san Juan Bautista, donada por Joan Ferrer de Busquets (hacia 1491), una de san Lorenzo, donada por el archidiácono Rafael Llorens (1578), una de santa Tecla, obra de Bernat Maymó (1603), una de san Jaime, donada por el canónigo Pau Campana (hacia 1629), una de san Miguel arcángel, donada por el canónigo Miquel Joan Fivaller (1610), una de la Inmaculada Concepción, donada por el arzobispo Joan Vic i Manrique (1614), una de san Ramón de Penyafort, donada por el canónigo Ramon Moller (1689), un grupo con la Ascensión, donado por el archidiácono Josep Valls (1699) y una de la Virgen de las Mercedes, donada por el canónigo Ramon Copons (1783)⁴⁵. También las joyas de la capilla de la Inmaculada Concepción, donadas en 1668 por el canónigo Diego Girón de Rebolledo, la gradería de plata donada en 1732 por el canónigo Pere Antoni Fuguet, que se colocaba en las fiestas solemnes en el altar mayor para exponer las imágenes de plata, el tabernáculo de plata para las procesiones de las fiestas de Corpus y de Santa Tecla, algunas cruces procesionales, las lámparas de plata que se colocaban en la reja que había ante el altar mayor, candelabros, portapaces, incensarios, navetas, bandejas, mazas procesionales, etc. Como ya se ha indicado, no formaban parte de los objetos destinados a ser entregados el brazo relicario de santa Tecla, tan venerado que era impensable desprenderse del mismo, ni tampoco los vasos sagrados usados cotidianamente en las capillas de Santa Tecla y del Santísimo Sacramento.

El 10 de marzo de 1811, el emperador Napoleón Bonaparte ordenó al general Louis-Gabriel Suchet Jacquier⁴⁶ asediar, atacar y conquistar Tarragona, la única plaza fuerte de Cataluña que

no había caído en manos del ejército francés. Suchet, que tenía una larga experiencia militar y que había estado a las órdenes de Robespierre, es descrito en las fuentes tarraconenses contemporáneas como un paradigma de iniquidad⁴⁷. El 28 de abril, Suchet, al mando de unos 20.000 soldados franceses, polacos e italianos, bien pertrechados, avanzó desde Lleida hacia Tarragona. El 2 de mayo se instalaron en Reus, a unos 13 km de Tarragona. Al día siguiente, ocuparon las poblaciones de La Canonja y de Constantí, desde donde tenían Tarragona a la vista. El día 5 las tropas francesas iniciaron un movimiento envolvente, cercaron la ciudad por tierra y cortaron el suministro de agua. El puerto continuaba libre. Las fuerzas de los atacantes casi triplicaban en número a las de los defensores, constituidas por unos 7.000 soldados, un tercio de los cuales estaba formado por la milicia, con unas fortificaciones poco sólidas, en especial en la zona baja de la ciudad, y con unos 300 cañones.

El 6 de mayo el cabildo tuvo que prestar 2.000 duros a la Junta para comprar trigo. Dos días más tarde, el 8 de mayo, se hizo la entrega de la plata litúrgica a la Junta. El mismo día, los habitantes de la ciudad solicitaron al cabildo que se hicieran rogativas a la patrona, santa Tecla, contra el enemigo. Se hicieron en efecto rogativas solemnes, exponiendo a la veneración de los fieles el relicario y celebrando durante nueve días sucesivos misa cantada a dos coros en la capilla de Santa Tecla. El día 17, en la sesión capitular celebrada, se redactó el inventario de la plata que se había entregado, una lista que distinguía entre objetos necesarios para el culto y otros que no lo eran tanto, documento que no se conserva. El día 9 de mayo, la Junta Superior se trasladó en fragata a Vilanova, desde donde marchó hacia el monasterio de Montserrat. Es muy posible que se llevara los objetos de plata de la catedral, de los cuales ya no se tienen más noticias.

El día 25 murió el canónigo José Zaragoza, que había detentado el cargo de vicario general en ausencia del arzobispo. Dos días después, el 27, la maquinaria de la ceca se embarcó hacia Mallorca. El asedio de la ciudad se incrementó el día 29 de mayo, con la toma, por parte del ejército francés, del fuerte de la montaña de La Oliva, a poca distancia de la ciudad, desde donde se produjo un bombardeo sistemático. La campana Capona, en lo alto del campanario de la catedral, avisaba con dos toques de la inminencia de un obús y con uno si se trataba de una granada. A partir de la toma del fuerte de La Oliva, empezó el éxodo de parte de la población. A Mallorca se fueron 164 exiliados tarraconenses, entre los cuales había algunos nobles que habían contribuido mucho a los gastos de la guerra, como Plàcid-Manuel de Montoliu o

Josep Antoni de Castellarnau. Dieron la ciudad por perdida y se embarcaron llevándose consigo familia, joyas, dinero, incluso archivos y bibliotecas⁴⁸. También huían los civiles que podían hacerlo. Muchos pescadores embarcaron a sus familias en botes en la playa del Miracle y se marcharon a Vilanova. El día 31 de mayo, el marqués de Campo Verde encargó la defensa de la ciudad al general Juan-Senén Contreras de Torres⁴⁹, recién llegado, y abandonó inicuamente a su suerte a la ciudad y a sus habitantes. Además, se llevó a 6.000 soldados, con la excusa de que iba a organizar un ataque por la retaguardia al enemigo. A pesar de que aseguró que «volvería volando en auxilio de Tarragona», nunca lo hizo. El mismo año intentó justificar su actuación⁵⁰. Algunos oficiales también huyeron. En algunos casos, se sabe que se escondían en los jergones de los que salían de la ciudad.

Los intensos bombardeos sufridos por la ciudad causaron muchos destrozos en los edificios. Se tuvo que evacuar el hospital de Santa Tecla, y los heridos fueron llevados a la casa del canónigo enfermero⁵¹. Mucha gente que se encontró sin casa se refugió en la catedral. Diversas cifras hablan de hasta 8.000 refugiados, cantidad evidentemente exagerada⁵², pero, entre los heridos y enfermos que ya se encontraban en ella y los refugiados, el templo estaba lleno a rebosar. El día 3 de junio se presentaron quejas por la conducta escandalosa de algunas personas, sobre todo por la noche, «ab motiu de estar mesclats los homes ab les dones que están refugiats a la Cathedral»⁵³. El cabildo solicitó al general Contreras que cada noche fueran cuatro soldados y un sargento a controlar a los refugiados. El general accedió y los envió desde el cuartel del castillo del Patriarca, enfrente de la catedral. En los mismos días, para proteger el templo y a los que allí se refugiaban, el general Contreras mandó cubrir los tejados de la catedral con seis o siete palmos de tierra y de arena que habían de minimizar el impacto de los obuses e impedir incendios⁵⁴. Asimismo, ordenó a los habitantes de Tarragona mantener abiertas puertas, ventanas y balcones de las casas para contrarrestar el efecto de la onda expansiva de las explosiones y también para ofrecer un refugio más rápido.

El 10 de junio, un oficio de la Junta Corregimental solicitó al cabildo que mandase retirar los cristales y las vidrieras de los ventanales de la catedral, a fin de que la corriente de aire protegiese a los refugiados del contagio de los enfermos y de los soldados heridos⁵⁵. Se calcula que habría unas mil personas acogidas en el hospital de sangre, pero morían muchas cada día por las mínimas condiciones de higiene. En el Museo Diocesano de Tarragona se conserva un crucifijo pintado sobre madera de los que se usaban

en la cabecera de las camas de los enfermos. Un papel pegado al reverso decía: «Este Santo Crucifijo es uno de los que, durante el Sitio de la presente Ciudad, los meses de Mayo y Junio del año 1811, estuvieron en las cabeceras de las camas de los enfermos y heridos que estaban en la Santa Iglesia Catedral, en cuya época dicha Santa Iglesia servía de Hospital»⁵⁶.

El 11 de junio, el cabildo, que se había reservado la capilla del Santísimo Sacramento para sus celebraciones, ordenó aislarla, cerrando la puerta que da al crucero de la catedral y tapiando la que da al claustro, con motivo de «la gran feter (hedor) que s'experimentava, inaguantable»⁵⁷, producida por los enfermos y los heridos, muchos de los cuales estarían afectados de gangrena, y los refugiados. El día 16 de junio hubo de tocarse la Capona más de 1.660 veces. El día 18, el general Contreras ordenó al cabildo que los oficiales heridos se instalasen en la capilla de Santa Tecla, a fin de intentar alejarlos de la incomodidad aludida. El cabildo se negó, ya que, en aquellos momentos, era el único lugar de culto abierto donde podrían acudir los fieles⁵⁸.

El día 20 de junio, las tropas francesas tomaron todas las fortificaciones de la parte baja de la ciudad, a la altura de la actual plaza de toros y de las calles Jaume I, Smith y Vapor. Suchet intimó al general Contreras a la rendición. Éste se negó rotundamente; de hecho, el lema que transmitió a las tropas fue «Antes morir que rendir»⁵⁹. El 23, los atacantes ya habían llegado a la altura de las actuales calles de Gasòmetre y Fortuny. En pleno asalto, aún el general Contreras trasladó al cabildo un oficio de la Junta Superior, en el cual se le decía que, por lo que pudiera suceder si el enemigo se apoderaba de la plaza, los capitulares debían embarcar hacia Mallorca la plata y todos los objetos preciosos que aún se conservaban. De lo cual se puede hacer la siguiente lectura: el mes anterior, los canónigos habían hecho entrega de plata de la catedral, pero ante la sospecha de que aún podría quedar más, la Junta debía calcular que, si el cabildo cedía y la embarcaban hacia Mallorca, se podrían hacer con ella. Los capitulares no se dejaron convencer. Respondieron que:

En el cas que entràs l'enemic, si no trobava plata per requisar, procediria a profanar, pensant que la catedral havia amagat la plata, la qual cosa aniria en perjudici dels canonges, en el millor cas ser conduïts presos a França. Que s'estimaven més assistir espiritualment als fidels, que no volien lliurar la seva vida per la conservació d'alages de plata⁶⁰.

Entre el 26 y el 28 de junio, cayó un obús sobre la capilla de la Virgen del Claustro que destruyó la cúpula e incendió el retablo mayor.



Figura 6.
Los Horrores de Tarragona. Asesinato de un marido, mujer e hijo en el llano de la Catedral el día 28 de junio de 1811. Estampa anónima.

se representa la desesperada defensa última de la ciudad. Una estampa del «Grupo de los horrores de Tarragona» muestra los ataques a la población civil ante las puertas de la catedral, figurados con un gran dramatismo (figura 6)⁷⁰.

En el parte de guerra, Suchet anotó que la conquista de Tarragona «será memorable como escarmiento y llenará de temor y de espanto a toda España»⁷¹. Según Georges Laffaille, «la prise de Tarragone ajouta les plus beau lustre à la gloire du général Suchet: le bâton de maréchal fut sa récompense. Nul autre général n'en obtint en Espagne une pareille»⁷². El propio Suchet, en sus memorias, relata su versión de los hechos:

Une masse d'Espagnols s'était retirée dans la cathédrale, vaste et solide édifice, élevé, et d'un difficile accès. Nos soldats les poursuivirent, et durent essuyer un feu meurtrier pour franchir les soixante marches qui précèdent l'entrée. Ils s'en rendirent bientôt maîtres: après une si opiniâtre résistance, leur rage contre les combattants ne connut plus de bornes; mais ils s'arrêtèrent à la vue de neuf cents blessés étendus dans l'intérieur, et leurs baïonnettes les respectèrent. Le Général en chef apprit ce trait d'humanité, et en exprima sa satisfaction⁷³.

Aparte de que los escalones para acceder a la catedral son diecinueve y no sesenta, la versión de Suchet, para justificar el bastón de mariscal que le había sido prometido por Napoleón, exagera el número de fuerzas y la resistencia de los defensores. La mayor parte de los muertos fueron los indefensos civiles y silencian los ultrajes

cometidos con ellos. Alrededor de la catedral murieron fusilados o degollados más de seiscientos civiles. A causa de la pérdida de parte de la documentación, sólo se conoce el nombre de ciento ochenta de las víctimas. «¡Saca l'argent!» era la orden perentoria con la que las tropas napoleónicas obligaban a los habitantes de Tarragona a entregarles dinero y joyas⁷⁴. A muchos les obligaron a ir a sus casas para saquearlas.

Se sabe de la muerte de nueve eclesiásticos en el asalto de la catedral. Al canónigo Manuel Antonio de las Fuentes d'Agostina, obligado a ir por la fuerza a su casa para entregar dinero y joyas, lo mataron a golpes de bayoneta. El archidiácono de Vila-seca, Pere Joan Enric, también fue obligado a ir a su domicilio, donde, atado a una silla, fue quemado vivo y rematado con un sable, escena que quedó inmortalizada en la lámina correspondiente del «Grupo de los horrores de Tarragona» (figura 7). La misma suerte corrió el sacerdote Magí Ferrer Martí, de 38 años, al que mataron en su casa. El comensal Francesc Foguet i Foraster, de 80 años, murió violentamente en la catedral. También el comensal y organista, Francesc Rodríguez, así como el sacerdote Pere Anton Mallafré Porta, de 45 años, y los beneficiados Josep Ribera, Manuel Bofill y Bru Marc. Fueron heridos el canónigo Josep Boni Basora y el parroquial de la catedral Jaume Amill, atacado con una antorcha encendida cuando intentaba recoger las sagradas formas del suelo, en la capilla del Santísimo Sacramento. El canónigo Domènec Sala Imbert, que se había refugiado en el campanario, fue desnudado por la fuerza y bajado a empujones a la nave, donde lo hirieron. Otro sacerdote, Joan Veciana, moriría días más tarde a consecuencia de las heridas recibidas.

Los efectos del asalto en el patrimonio artístico de la catedral se centraron en el robo del relicario de Santa Tecla, de los vasos sagrados y de algunos elementos de plata de las capillas abiertas al culto, y en el saqueo de la indumentaria litúrgica del ropero. El relicario medieval de Santa Tecla era de plata dorada y estaba ornamentado con diversas joyas donadas a lo largo del tiempo⁷⁵. En el año 1775, el relicario se había trasladado desde el reconditorio de las reliquias de Santa Tecla, en el presbiterio de la catedral, hasta la nueva capilla de Santa Tecla y se colocó en la urna de bronce que se halla bajo el relieve de mármol blanco, obra de Carlos Salas, que muestra la glorificación de la titular. El relicario fue forzado violentamente, y las preciadas reliquias se arrojaron al suelo. Los atacantes robaron asimismo todos los vasos sagrados (cálices, copones, etc.) de las capillas de Santa Tecla y del Santísimo. En ésta última forzaron las puertas del sagrario, extrajeron la custodia y demás ele-

mentos litúrgicos y arrojaron al suelo las sagradas formas. En el ropero, situado sobre la sacristía mayor, abrieron los armarios y los vaciaron de su contenido. Arrancaron los galones y los flecos de hilo de oro de los ornamentos y ternos, así como de los grandes paños que se usaban en las solemnidades. De los ternos antiguos, sólo se salvaron tres, los de los arzobispos Isidre Bertran, Josep Llinars y Francesc Armanyà, del siglo XVIII.

En este momento, cabe preguntarse por qué no fue incendiada la catedral el 28 de junio de 1811, como sucedió en la mayoría de iglesias y conventos de la ciudad. Su contenido artístico (retablos, pinturas, esculturas, campanas, etc.) se salvó en gran parte. Las tropas querían sobre todo dinero, oro y plata, pero posiblemente se debió a que el general Suchet había ordenado respetar la vida de los soldados heridos que se refugiaban en la catedral. Y porque su conducta de días posteriores indica una voluntad de normalidad y respeto aparentes a la religión y al estamento eclesiástico, a fin de tener un control más absoluto sobre la ciudad y sus habitantes.

El saqueo y la violencia sobre los ciudadanos de Tarragona duraron los días 29 y 30 de junio. Los que podían, se escapaban por el puerto a la desesperada, en barcas. Soldados y civiles huían por la carretera de Barcelona y, viéndose rodeados por los dragones italianos y los husares franceses, iban a las playas del Miracle, de l'Arrabassada o la Llarga, intentando llegar a nado hasta los barcos ingleses. Muchos se ahogaron, otros fueron masacrados en la playa. Entre el asalto y el saqueo, murieron más de 5.600 personas⁷⁶. El general Suchet, en sus memorias, intenta justificar la ferocidad de sus soldados:

Le langage et le rôle des généraux et des officiers changèrent; jusqu'alors ils avaient animé le soldat, ils s'efforcèrent de le retenir et de le calmer [...] [Le soldat] il était comme enivré par le bruit, la fumée et le sang, par le souvenir du danger, par le désir de la victoire et de la vengeance. Sa fureur déchaînée n'écoutait plus rien; il était presque devenu sourd à la voix même de ses chefs⁷⁷.

En esos últimos días de junio, en la confusión de la catedral, un niño de once años llamado Vicenç Matas observó que, en las gradas de acceso a la capilla de Santa Tecla, había unos huesos. Sin decir nada a nadie, se los llevó a su casa, en donde los escondió. Los canónigos, cuando volvieron a buscar las reliquias de santa Tecla, las dieron por perdidas⁷⁸.

Entre el final del mes de junio de 1811 y el mes de agosto de 1813, la ciudad de Tarragona estuvo ocupada por los franceses. El 30 de ju-

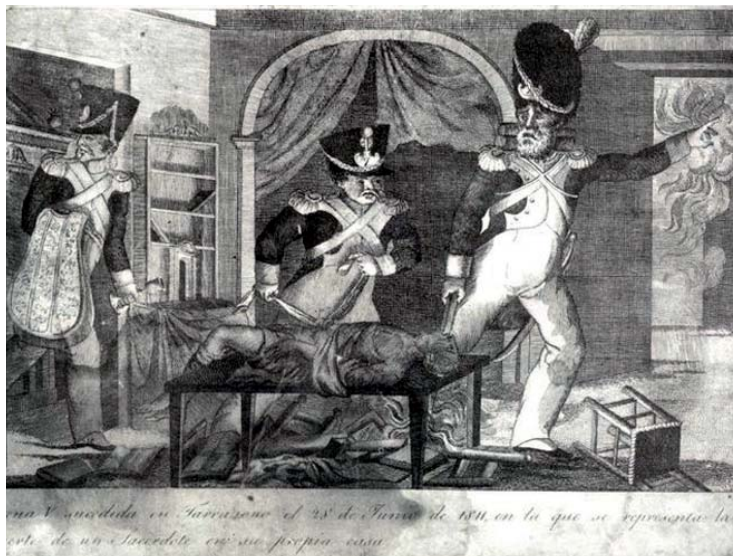


Figura 7.

Los Horrores de Tarragona. Escena sucedida en Tarragona el 28 de Junio de 1811, en la que se representa la muerte de un sacerdote en su propia casa. Estampa anónima.

nio de 1811 ya se podía constatar que, entre las víctimas y los que habían logrado huir, apenas quedaban supervivientes. Ese día por fin Suchet dio órdenes al general Montmarie de finalizar el saqueo y restablecer el orden. Inició diversas acciones destinadas a dar una apariencia de normalidad a la ciudad. El día 2 de julio se permitió a los refugiados que todavía se encontraban en la catedral volver a sus casas. Los heridos y enfermos alojados en la casa del enfermero, próxima a la muralla, fueron trasladados primero a una casa junto a la capilla de Sant Pau, y más tarde a casa del archidícono de Vila-seca, cuyo ocupante había muerto en el asalto. Montmarie ordenó colocar un guardia en la puerta de la catedral, con órdenes de prohibir la entrada a los soldados. El día 5 se mandó venir por la fuerza a ciudadanos de Reus y de Valls y se les ordenó limpiar las calles de Tarragona de cadáveres. Fue imposible enterrarlos a todos, así que muchos cadáveres fueron quemados, gran parte en el Pla de la Seu. El hospital de Santa Tecla se convirtió en cuartel, y los heridos y enfermos franceses fueron instalados en el claustro de la catedral⁷⁹.

Ya el mismo día 30 de junio, para contribuir a la apariencia de normalidad, Suchet había expresado al cabildo su deseo de que retornasen el arzobispo y los canónigos exiliados. A tal fin, obligó a los de Tarragona, como si fuera una iniciativa propia, a dirigir a los capitulares y a otros ciudadanos tarraconenses exiliados en Mallorca unas circulares en las que se les decía que, si retornaban, recobrarían sus bienes y derechos. También les obligó a escribir al arzobispo, a quien se prometía la devolución de sus propiedades, el libre ejercicio de sus funciones y res-

peto a su persona. Mon y Velarde no contestó. Suchet, indignado, declaró vacante la sede episcopal y presionó a los canónigos residentes para que nombrasen un vicario general. Los capitulares, intentando ganar tiempo, le dieron largas aduciendo que era un caso insólito y que debían consultar al obispo de Vic. Suchet, molesto con ellos, quiso cubrir las canonjías vacantes (por las muertes de Josep Antoni Font, José Zaragoza, Manuel Antonio de las Fuentes y Pere Joan Enric) con candidatos escogidos por él mismo. Finalmente, se nombraron canónigos a unos parroquiales de la catedral y a un carmelita descalzo valenciano, afrancesado, que tomó posesión de su cargo, retornó a Valencia y del cual nunca más se supo⁸⁰.

El 3 de julio, una comisión de capitulares fue a ver a Suchet para solicitarle que se pudiera reemprender el culto normal en la catedral. Después de asegurarles que «lo Emperador y él eran los protectores de la Religión», les dijo que todas las funciones eclesiásticas habían de continuar con normalidad y que ordenaba que el próximo domingo, 7 de julio, se celebrase en la catedral un *Te Deum*, en acción de gracias por la conquista de la ciudad. Los canónigos le respondieron que no tenían hábitos tales ni ornamentos litúrgicos para celebrar, ya que los soldados los habían «despedassat» el día del asalto. Tampoco tenían vasos sagrados para el culto, porque todos habían sido robados. Además, adujeron que se debía conciliar la catedral a causa de haber sido profanada por las muertes violentas y las atrocidades cometidas. Suchet insistió y fue necesario enviar a un canónigo a Reus, a pedir a la prioral de Sant Pere un cáliz, un copón y cera para la celebración del *Te Deum*⁸¹.

El 10 de julio, un decreto de Suchet retornaba a los canónigos residentes en Tarragona sus derechos y rentas, después de haber sido creado el día 8 el *Domaine* o Bienes Nacionales, que se encargaba de la explotación de las propiedades secuestradas a la Iglesia y a los particulares exiliados⁸². Los franceses intentaron evitar, durante la ocupación, un enfrentamiento radical con el clero, ya que eran bien conscientes de la influencia que éste tenía sobre la población. Por ello se explica que los canónigos Josep Boni e Ignasi Ribes formaran parte como regidores del primer ayuntamiento nombrado tras la toma de la ciudad. Pero los ocupantes no sólo ignoraron el fuero eclesiástico, sino que se inmiscuyeron en la administración de la catedral y de la diócesis. Además, enseguida empezó la presión fiscal. Los franceses exigieron a la población derechos y contribuciones extraordinarias. Por ejemplo, la primera exigencia fue la de una contribución de 134.000 duros al ayuntamiento y de 8.000 al cabildo. A los canónigos les amenazaron que, si

no pagaban, los mantendrían bajo arresto domiciliario, con soldados instalados en sus casas, cuya manutención también habrían de pagar. Asimismo, se les impuso el llamado «derecho de campanas», una contribución forzosa destinada a pagar a los artilleros para compensarlos por no haber podido participar en el saqueo⁸³. Los oficiales franceses se instalaron en las mejores casas de la ciudad, se apoderaron de todo cuanto tenía valor y maltrataron a sus propietarios.

Durante la ocupación, la capilla de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes se convirtió en cuerpo de guardia para los soldados que vigilaban la catedral. La reja de la capilla se extrajo y fue llevada al portal de Santa Clara, donde se usaba como punto de control en el acceso a la ciudad. Se dice sin fundamento que Suchet, alojado en una de las casas nobles de la ciudad, se habría llevado parte de la colección de tapices para decorarla. Incluso se ha afirmado que los tapices de la serie de José los habría hecho cortar por la mitad para decorar el salón⁸⁴. Aparte de que los dos tapices de la serie habían sido cortados en tiempos anteriores a la invasión francesa, afortunadamente toda la colección se hallaba en Mallorca. Si no hubiera sido así, lo más probable es que Suchet los hubiera mandado a Francia y hoy se encontrarían en algún museo europeo o norteamericano.

En el año 1812 se produjo una gran hambruna, a causa de la pérdida de las cosechas como consecuencia de la guerra y de las contribuciones forzosas que los payeses y habitantes del Camp de Tarragona debían entregar a los ocupantes franceses. Las exigencias de éstos eran cada vez más ávidas, de manera que muchos pueblos del Camp en donde el cabildo poseía tierras de las que obtenía sus rentas se rebelaron y se negaron a pagarlas. Ese mismo año, el niño Vicenç Matas entregó las reliquias de santa Tecla al militar Ramón Castrillo, el cual se las llevó a Barcelona, sin informar a nadie.

En el mes de julio de 1813 la situación bélica desfavorable impulsó a Suchet a marcharse a Barcelona con una división. El 16 de agosto volvió, dos días más tarde, el 18, decidió que las tropas francesas abandonasen Tarragona y ordenó al general Bartoletti volar las defensas de la ciudad. Éste mandó a los habitantes de Tarragona, donde sólo quedaban unos trescientos civiles, evacuar la ciudad bajo pena de muerte, incluyendo a los enfermos de los hospitales. Los soldados aún llevaron a cabo un último saqueo y arrojaron al mar las armas y los alimentos que no iban a poder llevarse. Siguiendo las órdenes de Suchet, se colocaron minas en los lugares estratégicos de la ciudad: los acueductos de Ram y Armanyà, el molino de la ciudad, las defensas del barrio de la marina, las murallas y los baluar-

tes de la parte alta, los castillos del Pavorde, del Patriarca y de Pilatos, etc.⁸⁵. Se trataba de dejar sin protección Tarragona, a fin de que no volviera a convertirse en una plaza fuerte. En la noche del 18 al 19 de agosto se procedió a las voladuras. Sólo en la parte alta quedaron destruidos o muy afectados 796 edificios.

Esa noche, se habían reunido en la catedral los canónigos Pere Huyà, Josep Boni, Ignasi Ribas y Josep Rocamora. Habían suplicado a Bartoletti que no colocase minas en el templo, y su súplica tuvo efecto. Hay autores que aseguran que Ignasi Ribas ofreció su vida a cambio de la conservación de la catedral. Este extremo no está documentado. Los textos de la época relatan que la catedral se conservó «gracias a los ruegos y vigilancia de los canónigos»⁸⁶. Tal como relata el propio canónigo Huyà⁸⁷, a punto de abandonar la ciudad, los capitulares decidieron cerrar la puerta de acceso al claustro, pero dejar abiertas las tres puertas de la fachada principal, así como la puerta de la fachada de levante, conocida como puerta de Santa Tecla. La intención era que el templo sirviera de refugio por si algún habitante de Tarragona, por razones de salud, no podía abandonar la población. Fue el caso de dos de los enfermos de la casa del archidiácono de Vila-seca, tan imposibilitados que resultó imposible evacuarlos⁸⁸. Antes de irse, y ante el altar mayor, los canónigos se encomendaron a Nuestro Señor, a la Virgen del Claustro, a la Inmaculada Concepción y a santa Tecla, rogándoles por la conservación de la catedral. Entonces, acompañados de otros sacerdotes y de sus familias, abandonaron a oscuras la ciudad. Desde la partida de La Budallera, en dirección a Barcelona, a un par de kilómetros de Tarragona, pudieron ver y oír cómo se sucedían las veintitrés explosiones, una tras otra, en un horriblo espectáculo nocturno (figura 8)⁸⁹. Otras dos minas fallaron, una al lado de la capilla de Sant Magí y otra en la torre del Arzobispo.

Una de las voladuras más potentes fue la del castillo del Patriarca, situado frente a la catedral, entre la actual calle de les Coques y el Pla de la Seu. Se trataba de un edificio medieval construido sobre la base de una edificación romana, que se había usado como palacio arzobispal hasta el siglo XVI. Posteriormente, había servido como cuartel, función que mantuvo durante la guerra. Las escasas ilustraciones conservadas muestran un edificio sólido, con torres en las esquinas y almenas que las coronaban⁹⁰. Después de la voladura, quedó totalmente arruinado; sólo se conservó en pie un tercio de una torre⁹¹. El efecto de la explosión del castillo del Patriarca sobre la catedral aún no ha sido bien evaluado. Parece que la apertura de las puertas de la fachada de la catedral habría podido ser providencial, ya



Figura 8.
La ciudad de Tarragona durante las explosiones del 18 de agosto de 1813. Dibujo de Vicenç Roig, «Vicentó».

que si las puertas hubieran estado cerradas, la onda explosiva hubiera impactado de lleno en las fachadas principal y de levante y podría haberlas afectado muy seriamente. Quizás incluso se hubieran desplomado, con lo cual habrían arrastrado gran parte del edificio con ellas. En cambio, con las puertas abiertas, la onda explosiva atravesó el templo y salió en gran parte por los ventanales y por la puerta de Santa Tecla, cosa que habría hecho disminuir la presión. Algunos autores explican que la explosión afectó especialmente a los sectores SE y NE del castillo del Patriarca. Un plano de 1838, en efecto, marca los lugares en donde se produjeron más desperfectos en la guerra, y en el mismo se ve que las casas más afectadas por la voladura del castillo del Patriarca son las de dichas zonas⁹², de lo cual quizás se podría deducir que las minas se colocaron no en la parte que daba a la catedral, sino hacia el sector este del edificio, cosa que la habría perjudicado menos. Este episodio posiblemente merecería un estudio científico más concreto. De todas formas, un testimonio ocular, el día 22 de agosto, relata que se sorprendió al ver «intacta, por la misericordia de Dios, la catedral» en medio de una ciudad en ruinas⁹³.

En todo caso, si bien la explosión afectó a la catedral, el balance de sus efectos fue menor de lo que cabría esperar. En la fachada principal, se rompieron elementos de los pináculos, tanto del portal mayor como, en especial, de la capilla de Santa Úrsula. Esta capilla fue la más afectada, ya que no sólo perdió la parte superior de los pináculos y los ventanales con sus vidrieras, sino que, en el interior, cayeron de sus pedestales ocho de las diez imágenes que ornamentaban



Figura 9.
Francesc Olives. Tabla central del retablo de Santa María Magdalena. 1535. Museu Diocesà de Tarragona.

el ábside y los muros laterales. Dichas imágenes quedaron muy afectadas, puesto que se les rompieron las cabezas, los brazos y las manos. También se rompieron todas las vidrieras de la fachada principal y de la fachada de levante, incluso gran parte de las del cimborrio y del presbiterio, a causa de la presión de la explosión. Muy cerca de la catedral, también el castillo del Pavorde, palacio arzobispal desde el siglo xvi, quedó destrozado, a excepción de la torre del Arzobispo. En él se guardaba parte del archivo capitular, que se perdió. Después de la marcha de los franceses, se calculó que habían sido hechos prisioneros 8.200 soldados, se habían producido 8.650

heridos, habían muerto 10.900 personas y que la pérdida económica en mercancías y edificios, sin contar las joyas ni los objetos preciosos, había sido de unos 89.000.000 de reales⁹⁴.

A fines del año 1813, el cabildo supo que, en el convento de Santa Eulàlia de Sarrià, cerca de Barcelona, se guardaba una reliquia auténtica de santa Tecla⁹⁵ y se hicieron las oportunas diligencias para comprobar su autenticidad. En 1814 retornó el arzobispo Mon y Velarde trayendo consigo los tapices y los objetos del tesoro. Asimismo, retornaron los canónigos exiliados. Poco a poco, la catedral iniciaba su recuperación. Intentando sustituir simbólicamente las imágenes de plata perdidas, el cabildo encargó a Vicenç Roig una imagen de madera plateada de santa Tecla y un tabernáculo para llevarla en procesión⁹⁶. El 22 de septiembre de 1814, vigilia de la fiesta de Santa Tecla, llegaron a Tarragona las reliquias desde Sarrià. En la capilla de la Virgen del Claustro se colocó un retablo provisional de perspectiva, pintado sobre un lienzo a manera de telón. En 1815 se devolvió la reja de la capilla de Santa Úrsula a su lugar original. Pronto se iniciaron reparaciones en las vidrieras de la catedral, que se llevaron a cabo a lo largo del siglo xix, no siempre con fortuna⁹⁷. También en 1815, el arzobispo ordenó construir un nuevo palacio episcopal sobre los restos del antiguo conservando la torre romana del Arzobispo. El proyecto, de los hermanos reusenses Narcís y Tomàs Vallès, responde a un diseño neoclásico. En 1817 se encargó un nuevo relicario para el brazo de santa Tecla a los plateros barceloneses Josep Rovira y Francesc Pintó, relicario que se conserva aún en la capilla de la santa patrona.

En 1821, el canónigo Manuel Llopis, siguiendo los deseos de su tío el canónigo Bernardí Llopis, quien legó una importante suma para ello, se encargó de la reforma de la capilla de Santa Úrsula⁹⁸. Bajo la dirección de Vicenç Roig, se retiraron los restos de las imágenes y se guardaron en la capilla de Santa Tecla la Vella. Los muros se encalaron, con lo que se taparon los efectos de la guerra, pero también las pinturas murales y los escudos. Un ventanal se tapió con algunos elementos del retablo y en los otros dos se recolocaron los restos de las vidrieras. Se desmontó el altar y se llevaron las columnillas a Santa Tecla la Vella. A continuación, se trasladó y se colocó, en el ábside de la capilla, la fuente bautismal de la catedral, una pieza entera de mármol, y así cambió su advocación, puesto que pasó a llamarse «capilla del Baptisterio». En el exterior, los pináculos, peligrosamente afectados, se repararon someramente con ladrillos. El ara se reutilizó en 1825 para lápida sepulcral del arzobispo Jaume Creus i Martí. En la capilla de la Virgen del Claustro se construyó una nueva cúpula entre

1826 y 1828, y, en 1856, el escultor Bernat Verdol llevó a cabo un nuevo retablo de mármol y alabastro.

A lo largo del siglo XIX, los arzobispos de Tarragona fueron haciendo donaciones sucesivas de ternos para las celebraciones solemnes, que sustituyeron a los perdidos en la guerra. En el año 1831, el cabildo se enteró de que Ramón Castrillo conservaba, en su casa de Barcelona, las reliquias perdidas en 1811. Una vez autenticadas, se trasladaron a Tarragona. Estuvieron durante mucho tiempo guardadas en un relicario en el tesoro, y en 1930 fueron colocadas en el reconditorio del presbiterio.

En 1933, por encargo del obispo Manel Borràs, el canónigo Joan Serra Vilaró encargó al escultor Joan Salvador Voltes, de Vila-seca, la restauración de las imágenes de las vírgenes de la antigua capilla de Santa Úrsula. La restauración se llevó a cabo con un criterio que actualmente sería muy contestado, pero que en la época parecía el más correcto. El escultor reparó algunas de las cabezas, pero, al parecer, el resultado no le convenció y entonces optó por moldear unas nuevas cabezas inspiradas vagamente en las antiguas, que colocó de forma arbitraria en los cuerpos conservados de las imágenes.

Sometió las mismas a diversas acciones de reintegración volumétrica, rehaciendo brazos, manos, pliegues, etc., de forma arbitraria. Por ejemplo: dos de las imágenes de vírgenes se transformaron en el arcángel Gabriel (con aditamento de unas alas y una filacteria) y María en la Anunciación, y a otra la transmutó en una santa Tecla⁹⁹. En total, de las diez imágenes originales, actualmente se conservan dos enteras, ocho con reparaciones diversas y arbitrarias y siete cabezas originales sueltas, de las cuales fueron halladas cuatro en el año 1992 en la restauración de la fachada de la catedral, que habían sido reutilizadas en el siglo XIX en una reparación destinada a

solventar en parte los destrozos de los pináculos de la portada. En el conjunto de restauraciones de la capilla del Baptisterio efectuadas en 1933, se desmontó el ventanal tapiado con los elementos del antiguo retablo, los cuales se llevaron a la capilla de Santa Tecla la Vella. Con restos de vidrieras antiguas, se efectuó una recomposición en los tres ventanales. En 1956, se repararon nuevamente los ventanales y se hicieron unas nuevas vidrieras. Durante la restauración de la fachada de levante realizada en 1996, se procedió a reparar el exterior de la capilla, así como las vidrieras. La restauración interior está prevista en el Plan Director de la catedral.

En 1918 se descubrió que el armario donde se guardaba la cera de la catedral estaba hecho con unas tablas policromadas. Una vez desmontado y recompuestas las tablas, se dedujo por los temas representados que se trataba de los restos de los retablos de las capillas de los Cardona. Ingresaron en el Museo Diocesano y fueron restaurados en el año 2002 (figura 9).

En cuanto a los protagonistas principales, el arzobispo Romualdo Mon y Velarde fue promovido a la sede de Sevilla en 1816 y allí murió el 16 de diciembre de 1819, a los 70 años. Josep Boni Basora murió en Tarragona en 1816, a los 60 años. Pere Huyà Rocasalvas lo hizo también en Tarragona en 1821, a los 71 años. Salvador Marca Llagostera, que había sido nombrado canónigo en 1815, moriría en Vallmoll en 1831, a los 57 años. Josep Rocamora Llesuas falleció en Tarragona en el año 1830, a los 86 años. El canónigo que tuvo uno de los papeles más destacados en la guerra, Ignasi Ribas Mayor, permaneció en la catedral de Tarragona hasta 1828, año en el que fue promovido a obispo de la diócesis de Calahorra-La Calzada. Poco tiempo después, en 1831, sería nombrado arzobispo de Burgos, ciudad en donde murió el 31 de octubre de 1840, a los 67 años¹⁰⁰.

1. J. SABATÉ BOSCH, «Premsa patriòtica en la Guerra del Francès. Notícia», *Actes de les Primeres Jornades d'Història de la Premsa, Societat Catalana de Comunicació*, Barcelona, 1994, p. 346.
2. Una bibliografia essencial sobre la catedral de Tarragona en la Guerra del Francès: A. EGUAGUIRRE, *Sucesos verdaderos del sitio y defensa de Tarragona*, Valencia, Imprenta Patriótica del Pueblo Soberano, 1813; *Tarragona sacrificada en sus intereses y vidas por la independencia de la Nación y libertad de su cautivo monarca Fernando Septimo. Relación de los sucesos mas memorables ocurridos en esta ciudad durante la ultima guerra defensiva contra la invasión del tirano del siglo XIX Napoleón Bonaparte. La escribia en el año de 1816 una víctima escapada del furor de los bárbaros, Testigo Ocular de sus atrocidades en el día de su entrada e inmediatos*, Tarragona, 1816; ANÓNIMO, «Datos relativos a la Guerra de la Independencia», *Boletín Arqueológico* (Tarragona), año II, núm. 10 (julio-agosto de 1910), p. 139-142; A. ALEGRET, *Historia del sitio, defensa, asalto y evacuación de Tarragona en la Guerra de la Independencia*, Barcelona, 1911; ANÓNIMO, *Sitio, asalto y saqueo de Tarragona en 1811*, Tarragona, 1911, y J. de SALAS, *El sitio de Tarragona por los franceses en 1811* (1882), Barcelona, 1911 (2ª ed.). Aunque publicada en 1959, la obra de E. MORERA LLAURADÓ, *Tarragona Cristiana*, vol. v, Tarragona, 1959, p. 206-324, fue redactada antes de 1919. A. ALEGRET, *Tarragona a través del siglo XIX (Historias y anécdotas)*, Tarragona, 1924; J. M. RECASENS I COMES, *El Corregimiento de Tarragona y su Junta en la Guerra de la Independencia. 1808-1811*, Tarragona, 1958; J. IGLÉSIES FORT, *El setge a Tarragona a la guerra napoleónica*, Barcelona, 1965; J. M. RECASENS I COMES, *La revolución y la guerra de la Independencia en la ciudad de Tarragona*, Tarragona, 1965; J. SALVAT I BOVÉ, *Tarragona en la Guerra y en la Postguerra de Independencia*, Tarragona, 1966; J. M. RECASENS I COMES, *L'Administració Suchet a les comarques tarragonines*, Barcelona, 1973; J. SÁNCHEZ REAL, *Defensa de Tarragona en 1811*, Tarragona, 1982; J. M. PRATS I BATET, «El segle XIX al Tarragonès. Aspectes polítics», *Història del Camp de Tarragona. I. El Tarragonès*, Tarragona, 1989, p. 104-141; J. PRIEGO LÓPEZ, *Guerra de la Independencia (1808-1814)*, vol. VI, Madrid, Editorial San Martín, 1992; «Guerra de la Independencia. Guerra del Francès», en *Tarragona Moderna: Diari de Tarragona*, Tarragona, 1999, p. 161-172; A. MOLINER PRADA, «La repercusión del Dos de Mayo en Cataluña», *Madrid: Revista de Arte, Geografía e Historia* (Madrid), 9 (2007), p. 123-157; A. MOLINER PRADA, «La vida en una ciudad sitiada: Tarragona, mayo-junio de 1811», en *El comienzo de la Guerra de la Independencia: Congreso Internacional del Bicentenario*, Madrid, Actas, 2009, p. 539-568; M. GÜELL I JUNKERT, *La crisi de la Guerra del Francès (1808-1814) al Camp de Tarragona*, Tarragona, 2011, y S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra del Francès (1808-1813)», *Quaderns de l'Arxiu* (Tarragona), 6 (2011), <http://www.acarn.cat/ACarn/16GdFrances.pdf>.
3. M. GÜELL I JUNKERT, *La crisi...*, op. cit., 2011, p. 120.
4. A. DE LABORDE, *Viatge pintoresc i històric. El Principat*, Barcelona, 1974, lám. XLVII.
5. J. VILLANUEVA, *Viage literario a las iglesias de España*, Madrid, 1851, tomo XIX, p. 67-68; J. GRAMUNT I SUBIELA, *Armorial de los arzobispos de Tarragona*, Barcelona, 1946, p. 235-236; J. M. RECASENS I COMES, *La revolución...*, op. cit., 1965, p. 79-80, y J. M. SABATÉ BOSCH, «Alguns aspectes il·lustrats del pontificat tarraconense de Mon y Velarde durant el regnat de Carles IV (1804-1808)», en *La España de Carlos IV* (Pere Molas Ribalta, ed.), Madrid, 1991, p. 239 y siguientes.
6. J. M. RECASENS I COMES, *La revolución...*, op. cit., 1965, p. 79-80, y S. RAMON I VINYES, *Canonges, comensals i beneficiats de la catedral de Tarragona*, separata del *Butlletí Arqueològic de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, núm. 21-22, Tarragona, 1999-2000, p. 78.
7. J. RUIZ Y PORTA, «El canonge González de Posada», *Boletín Arqueológico* (Tarragona), época II, 4 (julio-agosto 1914), p. 121-144, y M. ÁLVAREZ VALDÉS Y VALDÉS, *Jovellanos: enigmas y certezas*, Gijón, 2002, p. 263.
8. J. M. RECASENS I COMES, *La revolución...*, op. cit., 1965, p. 80-81.
9. E. MORERA LLAURADÓ, «Tarragona en la invasión francesa de 1808. Trabajo inédito de D. Emilio Morera», *Boletín Arqueológico* (Tarragona), época II, núm. 25 (octubre-diciembre de 1919), p. 89-95; 26 (enero-marzo de 1920), p. 1-7; 27 (abril-junio de 1920), p. 17-23, y 28 (julio-septiembre de 1920), p. 33-37.
10. J. M. RECASENS I COMES, *La revolución...*, op. cit., 1965, p. 272.
11. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 58.
12. ANÓNIMO, «Fulls d'Història Tarragonina», *Butlletí Arqueològic: Publicació de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense* (Tarragona), época III, núm. 44 (abril-juny de 1933), p. 254-256.
13. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 14-15; J. M. RECASENS I COMES, «La epidemia de fiebre tifoidea del año 1809 en Tarragona», *Revista Técnica de la Propiedad Urbana* (Tarragona), 22 (julio-diciembre de 1971), p. 61-69, y M. GÜELL I JUNKERT, *La crisi...*, op. cit., 2011, p. 122-123.
14. A. ALTISENT, *Història de Poblet*, Poblet, 1974, p. 578-579.
15. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 59.
16. S. RAMON I VINYES, *Canonges...*, op. cit., 1999-2000, p. 78, 317.
17. J. M. MIQUEL PARELLADA i J. SÁNCHEZ REAL, *Los hospitales de Tarragona*, Tarragona, 1959, p. 135-136; J. ADSEÀ MARTORELL, *IV Centenario del nuevo Hospital de Santa Tecla: El Dr. Juan Vives Rubio primer médico residente. Vicisitudes cuando el sitio y asalto de 1811*, Tarragona, 1985, y J. M. T. GRAU I PUJOL, «Documentació d'hospitals militars durant la guerra del francès en arxius civils i eclesiàstics de Reus i Tarragona», *Gimbernat: Revista Catalana d'Història de la Medicina i la Ciència* (Barcelona), vol. 46 (2006), p. 101-105.
18. S. MATA DE LA CRUZ, *La pintura del Cinc-cents a la diòcesi de Tarragona (1495-1620): Entre el record del gòtic i l'acceptació del Renaixement*, Tarragona, 2005, p. 264-266, con la bibliografía anterior.
19. E. MORERA LLAURADÓ, *Memoria o descripción histórico-artística de la Santa Iglesia Catedral de Tarragona desde su fundación hasta nuestros días*, Tarragona, 1904, p. 65.
20. A. BELTRÁN, «Acuñaiones

de Tarragona durante la Guerra de la Independencia», *Butlletí Arqueològic de Tarragona* (Tarragona), any LII, època IV (1952), p. 293-309, y J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 297. La ceca, establecida después en Reus, volvió posteriormente a Tarragona.

21. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 272.

22. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 21.

23. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 61.

24. A. MOLINER PRADA, *La Guerra del Francès a Mallorca (1808-1814)*, Palma, 2000, p. 17.

25. L. VILLALONGA, «Binissalem (su historia)», *Diario de Mallorca* (10 de enero de 1971); M. DURAN PASTOR, *Bernat Nadal i Crespi: Un bisbe soler que fou diputat a les Corts de Cadis*, Palma, 1986, p. 68, y M. T. RENOM I FERRÉ, *Miquel Ferrer i Bauçà, protagonista en la societat de Mallorca*, Barcelona, 1998, p. 229.

26. *Catàleg 2002. Realització ARCA. Catàleg d'elements d'interès artístic, històric, ambiental i patrimoni arquitectònic de la zona rústica de Binissalem*. 1. Bellveure.

27. S. MATA DE LA CRUZ, *Actuaciones del cabildo de la Catedral de Tarragona en el Trienio Liberal (1820-1823): Pérdida, salvaguarda y recuperación del patrimonio artístico de la diócesis tras la desamortización*. En prensa.

28. M. DELS SANTS OLIVER, *Mallorca durante la primera revolución: 1808-1814* (1901), Palma, 1982.

29. ACT, *Actes*, 23 de junio de 1823, listado 33.

30. Una información más detallada sobre los elementos del tesoro perdidos y conservados en S. CAPDEVILA I FELIP, *La Seu de Tarragona: Notes històriques sobre la construcció, el Tresor, els artistes, els capitulars*, Barcelona, 1935. Sobre los conservados: *Thesaurus / Estudis*, Barcelona, p. 208, 221-222, 288-289; *Millenium: Història i Art de l'Església Catalana*, Barcelona, 1989, p. 218-219, 306-307, 448-449; *Pallium: Exposició d'Art i Documentació*, Tarragona, 1992, p. 55, 94, 95, 133, 137, 163, 164, 188, 195, 197, 205, 252. Sobre los relicarios, véase

A. MARTÍNEZ SUBÍAS, *La platería gótica en Tarragona y provincia*, Tarragona, 1988, y A. MARTÍNEZ SUBÍAS, «Els reliquiariis gòtics de la Seu de Tarragona», *L'Art Gòtic a Catalunya: Arts de l'objecte*, Barcelona, 2008, p. 102-107.

31. Más tarde se añadieron a la colección dos reposteros y el paño mortuorio de Poblet.

32. Las reliquias del brazo de santa Tecla fueron donadas por el rey de Armenia al embajador del rey Jaime II de Aragón hacia 1320. En 1321, llegaron al puerto de Salou, desde donde fueron llevadas temporalmente a Constantí. En el año 1323, en presencia del rey, fueron transportadas en solemne procesión hasta Tarragona. J. SÁNCHEZ REAL, «Santa Tecla y el sitio de 1811», *Diario Español* (Tarragona), 23 de septiembre de 1950, y J. SÁNCHEZ REAL, *El brazo de santa Tecla*, Tarragona, 1951, p. 85-89.

33. M. ÁLVAREZ VALDÉS, *Jovellanos...*, op. cit., 2002, p. 263.

34. J. M. T. GRAU I PUJOL, «Mallorca, refugi del notaris de Tarragona durant la Guerra del Francès. 1811-1813», *Paratge: Quaderns d'Estudis de Genealogia, Heràldica, Sigil·lografia, Vexil·lologia i Nobiliària* (Barcelona), 18 (2005), p. 77-86.

35. A. MOLINER PRADA, *La Guerra del Francès...*, op. cit., 2000, p. 48.

36. B. SOLER, *La Verdad sostenida por las leyes: Impugnación y defensa de D. Bartolomé Soler presbítero deán de la Santa Metropolitana Iglesia de Tarragona a los cargos que la arbitrariedad ha pretendido hacerle, presentándolo al público reo de sedición, y autor de los supuestos alborotos de la ciudad de Palma en 30 de abril de 1813*, Palma, 1814.

37. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 107.

38. S. RAMON I VINYES, *Canonges...*, op. cit., 1999-2000.

39. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 60.

40. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 285-287, que se basa en documentos del ACT.

41. A. ALEGRET, *Historia del*

sitio..., op. cit., 1911, p. 242, y J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 285-287.

42. A. ALEGRET, *Historia del sitio...*, op. cit., 1911, p. 241-242.

43. J. IGLÉSIES FORT, *El setge...*, op. cit., 1965, p. 58.

44. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 295.

45. J. VILLANUEVA, *Viage literario...*, op. cit., 1851, p. 123-126; E. MORERA LLAURADÓ, *Memoria...*, op. cit., 1904, p. 153, y S. CAPDEVILA I FELIP, *La Seu de Tarragona...*, op. cit., 1935, p. 92-93.

46. Sobre el mariscal Suchet, véase *Biografies de Tarragona*, vol. 2 (coord. M. Güell i Junkert y S.-J. Rovira i Gómez), Benicarló, 2011, p. 88-89.

47. «Un cometa pernicioso, un astro maligno, un monstruo, un nuevo Nerón que dexa muy atrás al primero, el cruel, el sanguinario, el execrable Suchet», *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 26-27.

48. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Els nobles de la ciutat de Tarragona i la Guerra del Francès», *Kesse: Cercle d'Estudis Històrics i Socials Guillem Oliver* (Tarragona), 44 (diciembre de 2010), p. 17-25.

49. Sobre el general Contreras, *Biografies de Tarragona*, vol. 2 (coord. M. Güell i Junkert y S.-J. Rovira i Gómez), Benicarló, 2011, p. 40-41.

50. L. GÓNZALEZ DE AGUILAR Y TORRES DE NAVARRA (MARQUÉS DE CAMPO VERDE), *Exposición de la conducta que ha observado el mariscal de campo de los reales ejércitos Marqués de Campo Verde, [...] y noticias exactas de lo ocurrido en el sitio de Tarragona*, Alicante, 1811.

51. J. M. MIQUEL PARELLADA y J. SÁNCHEZ REAL, *Los hospitales...*, op. cit., 1959, p. 135-136.

52. *Sitio, asalto...*, op. cit., 1911, p. 13.

53. ACT, *Actes*. 3-VI-1811. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 515.

54. A. ALEGRET, *Historia del sitio...*, op. cit., 1911, p. 122.

55. ACT, *Actes*, 10-VI-1811.

56. S. MATA DE LA CRUZ, «El pintor Antonio Turín i tres crucifixos pintats del Museu Diocesà de Tarragona (segles XVII-XVIII)», *Taüll* (Girona), 30 (2010), p. 20-22.
57. ACT, *Actes*, 11-VI-1811. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 515.
58. ACT, *Actes*, 18-VI-1811.
59. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 44.
60. ACT, *Actes*, 25-VI-1811; J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 374-380.
61. F. PAGÈS, *Restauració de la capella de la Mare de Déu del Claustre de la Catedral de Tarragona*, Tarragona, 1995, p. 25; J. L. QUÍLEZ MATA, *Una advocació mariana en Tarragona: Nuestra Señora del Claustro de la catedral (1665-1997)*, tesis de licenciatura, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 1997, y A. BALCELLS Y DE SUELVE, *La Virgen de Tarragona*, versión crítica a cargo de Julio Luis Quílez Mata, Tarragona, 1995.
62. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 220-221.
63. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 71.
64. La familia tarraconense Teixell-Cácharo, a quien agradezco la información, conserva la memoria de la gesta de algunos de sus antepasados, que defendieron la ciudad en 1811, como es el caso de Pere Bonet Dubois y de su hijo Pere Bonet Rayon, éste sargento de las milicias de 21 años. El padre murió a golpes de bayoneta, el hijo fue hecho prisionero y llevado a Francia. En 1815, recibió una condecoración por el valor demostrado en el asalto.
65. J. S. CONTRERAS, *Rapport du siège de Tarragone, de l'assault et de la prise de cette place par les français au mois de Juin, 1811, par Jn Senen de Contreras. Avec les détails de son évasion du Chateau Fort où il était emprisonné et quelques observations sur la Nature, les Stratagèmes et les Ressources du Gouvernement Français*, Londres, 1813, <http://bvvpb.mcu.es/independencia/es/consulta>.
66. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 56-58.
67. Información oral por tradición familiar transmitida a la autora por la descendiente de una de las víctimas.
68. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, *Els nobles...*, op. cit., 2010, p. 17-25.
69. J. M. MATILLA, «Estampas españolas de la Guerra de la Independencia: propaganda, conmemoración y testimonio». *Cuadernos dieciochistas* (Madrid), 8 (2007), p. 247-265; *Miradas sobre la Guerra de la Independencia* (catálogo de la exposición), Biblioteca Nacional de España, Madrid, del 28 de febrero al 25 de mayo de 2008, y S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, *Tarragona en la guerra...*, op. cit., 2011, p. 97.
70. *El setge de Tarragona de 1811. Col·lecció de XXIII làmines*, Gogistes Tarragonins, Tarragona, 1986, y S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 89-101.
71. J. SÁNCHEZ REAL, *Defensa...*, op. cit., 1982.
72. J. SÁNCHEZ REAL, «Tarragona en la Guerra de la Independencia», *Boletín Arqueológico de Tarragona* (Tarragona), anys LIII-LIV, época IV (1953-1954), p. 67-86, transcribe algunos fragmentos de la obra de Gabriel LAFFAILLE, *Mémoires sur la campagne du corps d'Armée des Pyrénées-Orientales commandé par le général Duhesme en 1808. Suivis d'un Précis des campagnes de Catalogne*, París, 1826. Suchet obtuvo su bastón de mariscal el 8 de julio de 1811, a los diez días de apoderarse de Tarragona.
73. L.-G. SUCHET, *Mémoires du Maréchal Suchet, duc d'Albufera, sur les campagnes en Espagne depuis 1808 jusqu'en 1814*, París, 1828, vol. 2, p. 103, <http://bvvpb.mcu.es/independencia/es/consulta>.
74. E. MORERA LLAURADÓ, *Tarragona Cristiana...*, op. cit., 1959, p. 291.
75. S. CAPDEVILA I FELIP, *La Seu de Tarragona...*, op. cit., 1935, p. 90-91.
76. M. GÜELL I JUNKERT, «Rastrejant les petjades de la guerra més cruel», *Kesse: Cercle d'Estudis Històrics i Socials Guillem Oliver* (Tarragona), 44 (diciembre de 2010), p. 26-31; M. GÜELL I JUNKERT, «Relació dels òbits de naturalesa violenta a Tarragona durant l'època del setge napoleònic maig-juny de 1811», «*A Carn!*»: Ciberrevista Electrònica d'Història Militar Catalana (Tarragona), 2011, <http://www.acarn.cat/Llista+1811.doc>, y M. GÜELL I JUNKERT, *La crisi...*, op. cit., 2011, p. 198.
77. L. G. SUCHET, *Mémoires...*, op. cit., 1834, p. 102.
78. J. SÁNCHEZ REAL, «Santa Tecla...», op. cit., 1950, y J. SÁNCHEZ REAL, *El brazo...*, op. cit., 1951, p. 109.
79. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 515.
80. J. M. RECASENS I COMES, *La revolució...*, op. cit., 1965, p. 374-380.
81. ACT, *Actes*, 7-VII-1811. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 72.
82. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 105.
83. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., 2011, p. 105.
84. P. BATLLE, *Los tapices de la Catedral Primada de Tarragona*, Tarragona, 1946, p. 27, niega que Suchet se hubiera apoderado de los tapices.
85. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 73-74.
86. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, p. 63, y *Sitio, asalto...*, op. cit., 1911, p. 23.
87. El canónigo Pere Huyà redactó las *Noticias sobre la mecha y minas preparadas infructuosamente para volar el fuerte contiguo á la venerada capilla del glorioso mártir San Magín, al evacuar los franceses la ciudad de Tarragona el 19 de agosto de 1813, día del Santo*, texto que reproduce A. ALEGRET, *Historia del sitio...*, op. cit., p. 198.
88. J. M. MIQUEL PARELLADA y J. SÁNCHEZ REAL, *Los hospitales...*, op. cit., 1959, p. 135-136.
89. Representado en un dibujo de Vicenç Roig; S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., p. 125.
90. A. DE PALMA DE MALLORCA, *Las calles antiguas de Tarragona (siglos XIII – XIX)*, tomo II, Tarragona, 1958.
91. S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., p. 122.

92. *Sitio, asalto...*, op. cit., 1911, p. 22, y S.-J. ROVIRA I GÓMEZ, «Tarragona a la Guerra...», op. cit., p. 128-129.
93. E. MORERA LLAURADÓ, *Tarragona Cristiana...*, op. cit., 1959, p. 316, que reproduce el relato aparecido en la *Gaceta Extraordinaria del Principado de Cataluña* del 22 de agosto de 1813.
94. *Tarragona sacrificada...*, op. cit., 1816, folio al final.
95. J. SÁNCHEZ REAL, *El brazo...*, op. cit., 1951, p. 108-111.
96. S. CAPDEVILA I FELIP, *La Seu de Tarragona...*, op. cit., 1935, p. 93.
97. I. COMPANYYS, «Introducció», en J. AINAUD DE LASARTE, J. VILAGRAU, M. J. VIRGILI, I. COMPANYYS y A. VILA DELCLÒS, *Els vitralls del Monestir de Santes Creus i de la Catedral de Tarragona* (Corpus Vitrearum Medii Aevii, Espanya 8, Catalunya 3), Barcelona, 1992, p. 183-197.
98. E. MORERA LLAURADÓ, *Memoria...*, op. cit., 1904, p. 93.
99. J. SERRA VILARÓ, «La restauració de la capella de les Santes Verges de la Seu de Tarragona», *La Cruz. Diario Católico* (Tarragona) (21 de enero de 1934), p. 1-2, y J. SERRA VILARÓ, *La capella de les Santes Verges de la Seu de Tarragona i l'escultor Joan Salvador i Voltes*, Tarragona, 1934.
100. Se conserva su retrato en la capilla de Santa Catalina, en el claustro de la catedral de Burgos. Sentado, con palio y pectoral, muestra un abecedario a unos niños, posible alusión a su misión educadora. Al pie, una inscripción: «YLMO. Sr. Dn. YGNACIO RIBES Y MAYOR/ ARZOBISPO DE BURGOS. FALLECIÓ EN 31 DE OCTUBRE DE 1840 A LOS SESENTA Y SIETE AÑOS DE EDAD».